

Gabriel Trujillo Muñoz*

⇒ Baja California: literatura y frontera

Resumen: Baja California es una región donde no sólo hay problemas migratorios y violencia criminal por la guerra contra las drogas o es un espacio de conflictos fronterizos por estar situada en vecindad con los Estados Unidos de América. Baja California es también un lugar de cultura y de arte, de escritura creativa y de lucha por narrar sobre las cosas y las personas que vive aquí, a plena vista, como su casa, como su hogar, como su centro de creación. Este texto da un contexto cultural a la literatura fronteriza del norte mexicano como un fenómeno advertible por sus propios méritos, obras y autores.

Palabras clave: Literatura mexicana; Literatura fronteriza; Frontera México-Estados Unidos; Siglos XX-XXI.

Abstract: Baja California is a region that not only has migration problems and criminal violence because of the war of drugs or is a space of border conflicts in close neighborhood with the United States of America. Baja California is too a geographic space of culture and art, of creative writing and struggle to narrate the things and persons that here live, a plain sight, like their house, like their home, like a center of creation. This text give a cultural context of the border literature in the north of Mexico like a phenomenon in notice because his own merits, books and writers.

Keywords: Mexican Literature; Border Literature; Border Mexico-United States; 20th-21st Century.

1. Espacios abiertos: lo regional, lo norteco, lo fronterizo

Cuando la posmodernidad estaba en su auge, en las últimas décadas del siglo XX, Marshall Berman divulgó la frase: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Eran los tiempos en que lo virtual era la novedad del momento y la realidad estaba bajo sospecha permanente. Pero hubo una realidad que no se ha desvanecido por más que los teóricos han intentado minimizarla: la frontera. Y es que la frontera en vez de esfumarse se ha solidificado. Hoy en día, las alambradas se han vuelto muros; los fosos, trincheras; los desiertos, campos minados. Y los estudios sobre la frontera, sobre la frontera México-

* Gabriel Trujillo Muñoz es poeta, narrador, ensayista y profesor de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Baja California (Mexicali) y desde 2011, miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. En el campo de la creación literaria cuenta con más de una centena de libros de su autoría o en los que ha participado con un texto suyo. Como crítico literario y cultural ha publicado (entre otros títulos): Mensajeros de Heliconia. Capítulos sueltos de las letras bajacalifornianas 1832-2004 (2004), La cultura bajacaliforniana y otros ensayos afines (2005), La otra Baja California. Seis décadas de conflictos y calamidades, escándalos y controversias (2009).

Estados Unidos en general y sobre la frontera California-Baja California en particular, han llegado a una encrucijada. En tiempos anteriores se privilegiaba la visión de lo fronterizo con una sola característica: su carácter de lugar de paso de un proceso migratorio. Esto es, la frontera era un territorio cuyo valor, como literatura, como arte, como documento social o político, era el ser un espacio-puente, una región-trampolín, lo que generaba un doble discurso: por el lado de los estudiosos anglosajones, la frontera era una tierra de nadie, una fisura por donde escapaban sus forajidos, sus criminales, sus perversos y por donde entraban los ilegales, los indeseables, los espías, los terroristas de otros países. Un sitio peligroso. Un lugar sin ley ni orden. Por ello buena parte de las novelas estadounidenses con tema fronterizo fueron escritas por autores de novela policial, desde Raymond Chandler hasta Michael Connelly, desde Wade Miller hasta Ross Macdonald. Por otro lado, a partir de los años sesenta del siglo XX, con la aparición del movimiento chicano y la publicación de numerosas novelas y memorias de familia, los estudiosos mexicoamericanos llevaron a cabo una tarea similar a sus contrapartes estadounidenses: hacer de la frontera una etapa de sus relatos de migración, hacer de la frontera un obstáculo a superar. De nuevo, la frontera se volvió un espacio-puente, una región-trampolín, pero ahora vista desde la perspectiva del que emigra, del que lucha por pasar una prueba de vida o muerte, un calvario en el sentido religioso, trascendente.

Debido a esta doble perspectiva anglosajona y chicana, por mucho tiempo los escritores de la Frontera Norte de México se quejaron de su invisibilidad forzada, de que cada vez que se realizaban congresos sobre literatura fronteriza o se publicaban antologías y libros sobre el mismo tema, no se hablara de ellos y de sus obras, sino de autores chicanos que no vivían en la frontera pero a los que los especialistas les adjudicaban el ser representantes de la literatura fronteriza porque sus padres o ellos mismos habían cruzado la frontera entre México y los Estados Unidos en algún momento de sus vidas. La literatura de la frontera era, para los estudiosos de ambos lados de la línea fronteriza, simple y llanamente literatura de migración; era la que escribían los autores mexicoamericanos como memorias de familia o como relatos de ficción de su travesía rumbo al paraíso de los dólares. Una etapa. Un episodio. Esto es: la literatura de frontera no consideraba a los escritores que residían en la propia franja fronteriza, sino sólo a los literatos que la habían cruzado y ahora vivían en Los Ángeles, Denver o Chicago.

Esta interpretación errónea provocaba que a los escritores que realmente habitaban la frontera (y creaban sus obras a partir de una experiencia de vida permanente) no se les tomara en cuenta a la hora de analizar la literatura fronteriza, y no se les estudiara ni en la academia estadounidense ni tampoco en la propia academia mexicana y desde la crítica literaria nacional. Desde la perspectiva del centralismo cultural de la Ciudad de México, lo fronterizo era visto como algo de tierra adentro (aunque en verdad era una literatura de la periferia, de los extremos). De ahí su forzada invisibilidad, su obvio ninguneo. Esto va a cambiar cuando la generación de los años ochenta del siglo XX hace su aparición en la franja mexicana fronteriza. Y es que estos autores que escriben desde la frontera misma empiezan a ser demasiados como para que se los ignore, y sus obras ubican a la literatura que hacen como literatura de frontera. En congresos y encuentros literarios, autores como Rosina Conde, Enrique Cortázar, Humberto Félix Berumen, Sergio Gómez Montero, Leobardo Sarabia Quiroz, Gabriel Trujillo Muñoz, José Manuel Valenzuela Arce y muchos más se dan a conocer como representantes de la literatura de frontera con obras de teatro, poemas, ensayos, crónicas, cuentos, novelas y ensayos culturales.

La batalla no es fácil y no se gana pronto, hay que reconocerlo. Entre 1981, cuando se celebra en Tijuana un congreso de literatura fronteriza dominado por la visión de que lo fronterizo equivale a lo chicano (Di-Bella/Gómez Montero/Polkinhorn 1987), hasta el congreso de literatura de las fronteras organizado en 1990 por Harry Polkinhorn y José Manuel Di-Bella (Polkinhorn/Di-Bella/Reyes 1990), son diez años de lucha por hacer que la crítica literaria y las academias estadounidense y mexicana (aquí especialmente la UNAM y El Colegio de México) reconozcan que la literatura fronteriza es la que inventan, día a día, los propios escritores fronterizos. Hacia finales de los años noventa y principios del siglo XXI la situación va cambiando, en especial en la academia estadounidense, pero también en la prensa. Desde que Tom Miller, periodista pionero de una nueva perspectiva de la frontera México-Estados Unidos en su literatura, publicara *On the Border. Portraits of America's Southwestern Frontier* (1981), su crónica-investigación sobre esta zona del mundo desde Tamaulipas a Baja California, una perspectiva más abierta y al mismo tiempo rigurosa comenzó a romper con los estereotipos prevalecientes. En esta obra seminal, Miller exploraba los claroscuros de una realidad más industrial que la del viejo oeste, con ciudades florecientes y crisis interminables, pero en la que destacan los esfuerzos de los propios fronterizos por hacer de su tierra de nadie una comunidad para todos. *On the Border* fue la primera obra que marcó un cambio de percepción de la frontera desde el punto de vista de nuestro vecino del norte. Todavía en *Poso del mundo* (1970) de Ovid Demaris, la frontera sólo era leyenda negra, es decir, escándalo, corrupción y vicios. Y las demás publicaciones que aparecían en las editoriales estadounidenses, como las de Erle Stanley Gardner, eran libros de viaje dedicados a describir las maravillas naturales, casi vírgenes, de esta región del mundo. Miller, en cambio, hizo una radiografía de la frontera en ese momento y bajo las circunstancias más actuales para su época. La frontera, para Miller, era un universo complejo, interactivo, en franca explosión creativa y productiva, una zona del mundo fascinante por su dinamismo y capacidad de transformación. Miller la llamó un tercer país por sus peculiares circunstancias de vida. Su libro mostró el camino para indagar en lo fronterizo que otros autores de Estados Unidos, como Alan Weisman, Luis Alberto Urrea y William T. Vollmann, recorrerían años o décadas más tarde: como una ruta de comprensión y crítica que respondía a un conocimiento directo, íntimo y personal de una zona del planeta donde Miller se quedó a vivir y trabajar.¹

2. La frontera como novedad de la patria

¿Cómo es que una región del país surge como centro de atención por sus manifestaciones artísticas, especialmente cuando el país de referencia es México, donde el centra-

¹ En 2003 Tom Miller publicó un nuevo libro, *Writing on the Edge. A Borderlands Reader*, una recopilación de textos de más de 80 autores extranjeros, nacionales y locales. Miller, quien está radicado en Tucson, Arizona, ha tomado la vida fronteriza como un microcosmos y nos ha propuesto contemplarla no como lugar común de maquiladoras y migración, sino como un orbe que ha seducido a innumerables artistas y escritores, creando así un corpus literario donde la frontera es una *twilight zone* de la conciencia humana, un territorio geográfico, conceptual, simbólico y lingüístico en el que convergen fuerzas sociales, procesos económicos y grupos humanos de distintas etnias y culturas, que multiplican la resonancia de vivir al borde de una cultura, en la orilla misma de la otredad.

lismo prevalece y todo lo que no sea producido en la capital es obra menor, cultura provinciana o artesanías autóctonas para el consumo turístico? Si observamos la historia de la cultura mexicana tal como la presentan manuales, monografías o estudios, hemos de reconocer que escasamente encontramos allí un recuento de la cultura nacional, tal vez porque lo nacional se circunscribe a la Ciudad de México o, cuando mucho, al centro del país.

Las excepciones son pocas: Chiapas y sus poetas, Jalisco y sus narradores, Oaxaca y sus pintores, Guanajuato y su festival cervantino, Monterrey y sus museos. El resto es un México indistinto que se pierde tras el horizonte monstruoso de la capital del país, centro rector que establece, según sus criterios y prerrogativas, qué es arte y cultura en cada una de las épocas del desarrollo de nuestra nación, y que sólo acepta como creadores a los que, venidos de todos los rumbos de México, han optado por vivir en “la región más transparente del aire”, es decir, en la cúspide del mito cultural que manifiesta que fuera de Cuautitlán todo es barbarie.

Sin embargo, los cambios ocurridos en los últimos veinte años han transformado la relación entre la Ciudad de México y el resto de la nación mexicana: al multiplicarse por decenas las ciudades medias y al consolidarse al menos una metrópoli por estado, la situación cultural es cada vez más diversa y menos monolítica. Centros artísticos y grupos de creadores aparecen a lo largo y ancho del país y, aunque la capital siga concentrando buena parte de los recursos federales para la promoción artística en educación y espacios culturales, otras ciudades, universidades, centros de arte e instituciones de cultura se han ido formando y desarrollando como parte de una dinámica regional que se debe a circunstancias más propias de su entorno que a políticas centralistas.

Una de las dinámicas más exitosa es la de la literatura que, por no necesitar de una infraestructura gravosa o complicada, se ha podido extender sin dificultad en ciudades medias o grandes. La creación literaria ha sido el ojo del huracán regional que ha logrado reforzarse gracias a la fundación de revistas, editoriales independientes o institucionales, mayor nivel cultural en las universidades, talleres literarios, mejores comunicaciones vía Internet, librerías reales o virtuales, grupos activos, etc. Una de las regiones pioneras en la descentralización literaria ha sido la frontera norte de México, especialmente en los estados de Nuevo León, Chihuahua, Sonora y Baja California.

Desde 1980 en adelante, la literatura de la Frontera Norte ha ido creciendo, una literatura representada tanto por grupos culturales como por creadores individuales. La avalancha de obras de primer nivel en poesía, ensayo, narrativa o dramaturgia, producidas por autores que han apostado mayoritariamente por vivir en el norte mexicano y han dado la espalda a la Ciudad de México como opción de vida, de trabajo y de inspiración, ha tenido como consecuencia un auge literario sin precedentes en el México contemporáneo. Lamentablemente, lo que se ha ganado en creatividad no se ha podido lograr en retroalimentación crítica. Y cuando ésta se ha dado, ha tenido una repercusión únicamente a nivel local. Esto es: mientras los escritores nortños ya son publicados en las principales casas editoriales del país y más de alguno –como Daniel Sada, Federico Campbell, Rosina Conde, Jesús Gardea, Luis Humberto Crosthwaite, Élmer Mendoza, Eduardo Antonio Parra, Eve Gil, Gabriel Trujillo Muñoz y David Toscana–, en el extranjero, la crítica nacional no siempre les ha prestado la atención que se merecen, tal vez porque muchas de sus obras no han sido publicadas en la capital, sino en sus lugares de nacimiento o residencia, ya sean éstos Mexicali, Nuevo Laredo, Ciudad Juárez, Monterrey,

Hermosillo, Tijuana o Matamoros. Es por ello que la crítica literaria, los estudios históricos, las monografías sobre ciertos géneros o temáticas sólo se han dado a partir de la última década del siglo XX en adelante, investigaciones nacidas desde lo regional, a las que se unen hoy críticos nacionales y extranjeros.²

3. La literatura bajacaliforniana: atisbos para su estudio

La guerra entre México y los Estados Unidos, a mediados del siglo XIX, hizo posible que una península olvidada de la nación mexicana dejara de ser una provincia más y se convirtiera, por las aciagas circunstancias de la historia, en una trinchera de nuestra cultura, en la vanguardia norte de Latinoamérica. Es decir, en una oportunidad para progresar y comerciar y modernizarse sin perder de vista las tradiciones propias, adaptando así lo mejor y lo peor de ambos mundos: la meritocracia, el individualismo, el lucro a toda costa, la tecnología de punta, la cultura como producto y mercancía.

Con el establecimiento de la frontera, convivir con el otro, con los otros, fue una cuestión de supervivencia, un acomodo entre dos conceptos distintos de la vida y la muerte, del arte y la cultura. Para los anglos era un territorio sin ley, un lugar para huir y gozar la vida a la mexicana: con fiestas y mariachis; para los mexicanos del sur, la Baja California fronteriza no pasaba de ser una región usurpada por las compañías extranjeras vía la agroindustria, los casinos de juegos y las multitudes de turistas deseosos de aventuras exóticas. Pero también era una forma de ser contemporáneos, de estar al día, de no quedarse atrás ante el capitalismo rampante. Los bajacalifornianos como pioneros entusiastas y domesticadores decididos de la madre naturaleza. Lo industrial y lo trabajador como valores establecidos, como marcas de identidad.

En realidad, Baja California se transformó en apenas un siglo de un mundo de rancharos aislados (antes de ser frontera en 1848) en una región de empresarios y agricultores altamente productivos, ejemplo para el resto de la nación. Por eso, en 1952, Baja California pasa a ser el estado 29 de la federación mexicana, pues gracias a ser una zona libre de aranceles y ya bien comunicada, se da el lujo de recibir con los brazos abiertos a gente de todos los rincones del país y del extranjero, incluyendo a chinos, japoneses e hindúes. Eso llevó a que nuestros escritores pioneros se lanzaran al ruedo de la literatura con textos de nostalgia al solar nativo (Florentino Pereira Ocejo) y con quejas por el pochismo reinante o la ausencia de rasgos y costumbres auténticamente mexicanas (María Luisa Melo de Remes), en una entidad sin más arraigo que su propio desarraigo. Las excepciones, cosa curiosa, son los propios autores nacidos en Baja California (Valdemar Jiménez Solís) u otros estados norteros (Horacio Enrique Nansen), quienes ven la vida en la frontera, con sus mezclas e hibridaciones, no como problema sino como solución a los males de México.

Cuando uno lee la literatura bajacaliforniana, especialmente la escrita a mediados del siglo XX, descubre una poesía y una prosa que no pierden sus raíces chiapanecas (Límbano Domínguez), sinaloenses (Miguel Ángel Millán Peraza) o colimenses (Rubén Vizcaíno Valencia). A la vez, el panorama fronterizo que describen las obras de estos autores naci-

² Véase la bibliografía básica al final del artículo.

dos fuera de la entidad adquiere la categoría de infierno atosigante, de erial sin frutos artísticamente perdurables. *Calle Revolución* (1964) de Rubén Vizcaíno Valencia es el ejemplo supremo de una perspectiva que contempla a Baja California como un México degradado para complacer al turista extranjero, como una cultura por hacerse, hechiza, superficial, sin asideros en la historia nacional. Un “no lugar” donde el nacionalismo se purga como una toxina letal.

Pero esa visión tan poco comprensiva de las complejidades de la realidad fronteriza pronto quedó superada con la aparición de escritores nacidos y criados en la propia entidad, para quienes las opciones multiculturales eran el pan de cada día, con lo que su literatura mostró esta mezcla de culturas en textos donde lo anglosajón y lo latinoamericano eran su basamento imaginativo, que lo mismo abarcaba la música de rock, los poetas *beat*, la cultura de los medios masivos de comunicación y el consumo como religión tácitamente aceptada, fielmente obedecida y adorada. Escribir desde la Frontera Norte bajacaliforniana fue, entonces, un mercado sobre ruedas de las primeras oleadas de la globalización en marcha: todos los temas y estilos se amalgamaban en obras que partían de tradiciones múltiples, que poco caso le hacían a los prestigios inamovibles de la literatura mexicana. La literatura, como la vida, estaba en otra parte: siempre fuera de casa. Al otro lado de la línea fronteriza.

Esta generación es, vistas las enormes diferencias estilísticas y temáticas que sus miembros manifiestan, como un grupo sin grupo que, como los Contemporáneos, tuvo por resultado la aparición de escritores prolíficos, con variados recursos literarios, que mostraron sus capacidades en una época favorable para la creación artística estatal (los años setenta, ochenta y noventa del siglo xx), cuando surgieron espacios institucionales e independientes que han servido y sirven de eficaces plataformas de sus propuestas creativas.³

4. Las fronteras del mundo

Y así llegamos a la literatura que Baja California ha comenzado a producir en los últimos años (de 1990 en adelante), con generaciones de jóvenes dispuestos a encontrar sus propios cauces expresivos, su propio lenguaje. La primera señal de una nueva muta-

³ Entre los libros básicos que funcionaron como brújulas para orientar la travesía escritural de esta generación y que hoy conforman la parte fundamental de nuestras letras, especialmente durante el último cuarto del siglo xx, hay que mencionar, entre muchos otros: *El día entre las hojas* (poesía, 1981) de Ernesto Trejo; *La casa del centro* (poesía, 2001) de Víctor Soto Ferrel; *Blues cola de lagarto* (poesía, 1985) y *Cartografía del alma* (poesía, 1987) de Roberto Castillo Udiarte; *Espantapájaros* (novela, 1999), *El festín de los cuervos. La saga fronteriza de Miguel Ángel Morgado* (novelas cortas, 2002) y *Codicilo* (novela, 2004) de Gabriel Trujillo Muñoz; *La ciudad que recorro* (poesía, 1986) de Francisco Morales; *Mar del norte* (poesía, 1988) y *La procesión* (poesía, 1991) de José Javier Villarreal; *Trovargo* (poesía, 1988), *En la madre, bohemios* (poesía, 1991) y *El velorio de los mangos* (teatro, 2003) de Ángel Norzagaray; *Nightfields* (poesía, 1991) de Gilberto Zúñiga; *El gran pretender* (novela, 1992), *Estrella de la calle sexta* (cuentos, 2000) e *Idos de la mente* (novela, 2001) de Luis Humberto Crosthwaite; *Donde las voces se guardan* (novela, 1993) de Marco Antonio Samaniego López; *Aves amaestradas* (novela, 1993) de Jorge Raúl López Hidalgo; *El viaje de los cantores* (teatro, 1990) y *21 obras en un acto* (teatro, 2002) de Hugo Salcedo; *Días de hierro y malaquita* (novela, 2003) de María Eugenia Bonifaz de Novelo; *Esas plazas insomnes* (poesía, 2003) de Eduardo Arellano.

ción literaria vino con la aparición de *Contracultura menor* (1991), el fanzine pionero de Fran Ilich (Tijuana, 1975). Ilich es el introductor no sólo de los fanzines en la escena literaria bajacaliforniana, sino que es el explorador compulsivo en la nueva frontera de Internet, la multimedia y la realidad virtual, así como el autor de *Metro-Pop* (1997), la novela que, desde el lado mexicano fronterizo, responde a los manifiestos autoindulgentes de la generación X. Antes que Rafa Saavedra y Heriberto Yépez tuvieran sus quince minutos de fama, Fran Ilich es la primera voz narrativa que toma la Frontera Norte como lo que realmente es: un juego interactivo, una pantalla líquida donde se refleja el mundo en su belleza vacía, en su dolor placentero, en su asco permanente.

En contraste con la posterior melancolía *cool* de Saavedra o la exaltación del costumbrismo cínico de Yépez, Ilich es un viajero natural del ciberespacio, un surfero intuitivo/instintivo en la ola del cambio virtual, que no piensa volver al universo unidimensional de la escritura. Alguien que no siente lástima o sentido de culpa por vivir a plenitud las oportunidades que brinda la frontera para autoexpresarse, para ser libre sin pedirle permiso a nadie. Un norteño sin taca-taca ni pose de filósofo políticamente correcto, sin actitud de profeta de Internet o gurú de su propia generación. Sólo un joven *punk* como Ilich, que en su obra prima no puede evitar la realidad con sus problemas de violencia y entretenimiento barato, de enfermedades insidiosas y desinterés general, un autor generación X, que reconoce que el mundo es una rutina aburrida, una broma barata a la que hay que sacar el mejor provecho. Escribir es un acto de supervivencia para mantener la cordura y, a la vez, un acto de resistencia desde el humor. Ilich se ríe cuando le dicen que Tijuana es el futuro de México y él, enseguida, responde que ciertamente es el porvenir del país en su derrumbe, en su caída, en la coartación de las libertades esenciales, porque en esta ciudad-mito fronterizo la libertad, como en todas partes, necesita ser ejercida cotidianamente, requiere del ejercicio ciudadano, del compromiso de no quedarse callado ante el Estado policial de nuestros días. En 2007 Ilich saca una nueva novela, *Tekno Guerrilla*, en donde el discurso antiglobalización mantiene su tono irónico, su juego vital.

En todo caso, Baja California es una experiencia límite tanto en la vida cotidiana, con sus conflictos entre permisividad y represión social, como en el panorama de la literatura nacional, tan centralista ahora como hace cien años, donde nuestra entidad desempeña un papel de imaginario contrapuesto al Distrito Federal, como espacio cultural alterno con sus propias leyes de creación. Desde su posición periférica, nuestros escritores jóvenes han resuelto seguir su camino sin lastres literarios afines a una literatura que carece de diversidad de tonos y temas frente al México de hoy, un país que es, en realidad, muchos Méxicos, cada uno con sus diferencias culturales y sus singularidades creativas.

Por eso, antes que un espejo de las dolencias nacionales o un vertedero de prejuicios centralistas, la frontera norte que la literatura bajacaliforniana representa admite, a últimas fechas, nuevas variables de creación, como un *table dance* de nuestras obsesiones colectivas como sociedad de consumo. No un lugar peor o mejor que otros. Sólo una clase distinta de utopía. Una utopía falsificada pero que aún funciona en el *swap meet* del mundo globalizado. El anuncio de que todo es posible aunque nada sea auténtico. Un mercado libre, incluyendo sus propias bendiciones y censuras, a la vista de quien tenga dinero en el bolsillo, ganas de ser su propio espectáculo y deseos de saltar a otras realidades sin red protectora.

Para ejemplos paradigmáticos ahí están *Berlín 77 (y otros relatos)* (2003) de Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal (Mexicali, 1974) y *La saga. Una noveleta filosófica* (2003) de Alejandro Espinoza (Mexicali, 1970), dos libros que ya constituyen sendas exploraciones en los universos del hipertexto en Gutiérrez y de la metanovela en Espinoza; dos ampliaciones de la narrativa bajacaliforniana como relatos que acuden a la literatura infantil a la *Platero y yo* para sumarle de inmediato imaginaria *snuff*, rutinas *slapstick* a la Groucho Marx y una radiografía irónica de la clase media fronteriza (en Gutiérrez Vidal), mientras que Alejandro Espinoza mezcla una investigación literaria con una novela desquiciante a la manera de J. D. Salinger, Don DeLillo y Thomas Pynchon, añadiéndole por último una serie de creaciones paranoicas que hacen de la vida de un veterano de Vietnam, uno que vive en una cuartería de la frontera, el personaje de una saga gozosamente seria en sus postulados filosóficos. Esta novela es un cuadro pintoresco de personajes inolvidables que en Mexicali resucitan, de un modo trágicamente divertido, las aventuras de Pantagruel y los exabruptos de tipos genialmente villonescos en sus locuras y percances. Gracias a autores como Gutiérrez Vidal y Espinoza se despliegan nuevos rumbos de la imaginación más perturbada y esquizoide, espacios que dan la bienvenida a filósofos vagabundos y asesinos en serie, vidas de cuadritos caracterizadas por su vivir fronterizo. Como lo describe Espinoza, estamos ante un mundo donde la nada, el vacío y la inercia prevalecen y dominan los actos cotidianos, donde la brutalidad es el elemento común por el que interactúan los distintos estamentos sociales y políticos, donde la fuerza establece las reglas del juego y hace girar la frontera en su caos, en sus excesos comunitarios y en sus torturas colectivas.

De ahí que la literatura bajacaliforniana actual esté representada lo mismo por autores que ven a la frontera como un laboratorio experimental de la conducta humana, que como una zona de pruebas de vidas extremas en sus pasiones y conceptos, a la vez que aparecen escritores que son cibernautas profesionales que ya no se interesan por responder a realidades localistas sino a flujos universales de conocimiento y de creación. La literatura como simulacro y *performance*. Un *blog* para llenarlo con sus propias diversiones y aversiones, bitácora de necesidades y necesidades que convierten a la literatura en un diario narcisista, que refleja los pequeños mundos, los purgatorios personales, de cada autor. Véase allí *Lejos del noise* (2003) de Rafa Saavedra (Tijuana, 1967) y *El matasellos* (2004) de Heriberto Yépez (Tijuana, 1974), relatos límite que apuntan a la mezcla genérica, donde el ensayo y la crónica de situaciones, estados de ánimo o recursos híbridos le ganan a la narrativa en sí, restringiendo voluntariamente la audiencia de sus obras a los fans de la cultura pop (en Saavedra) y a los académicos postestructuralistas (en Yépez), aunque ya una novela como *Al otro lado* (2008) del propio Yépez sosiega su experimentalismo y adopta una escritura más tradicional, es decir, más ubicada en trama y personajes, más folletinesca y esperpéntica en su narrativa. A estas búsquedas se añaden obras como *Anémona* (2009) de Mario de la Cruz (Mexicali, 1961) y *Yonke humano* (2009) de Gerardo Navarro (San Diego, California, 1963), que exploran la vida bajacaliforniana en sus desechos y quimeras, en sus toxicidades y carencias.

Otra zona abierta que ha surgido con fuerza innegable es la creación literaria escrita por mujeres. Las nuevas generaciones de escritoras saben que su labor es doble: escribir desde una perspectiva desafiante con el orden establecido que aún hace de la mujer una ciudadana de segunda categoría, y mantener una escritura que vaya más allá de los clichés literarios de nuestra cultura para fundamentar obras trascendentes por sí mismas y

no sólo por las ideas que defienden o plantean. Autoras como Flora Calderón Ruiz (poesía), Elba Cortez (teatro), Paulina de la Cueva (poesía), Elizabeth Algravez (poesía), Paula Elena Castillo (poesía), Mayra Luna (cuento), Teresa López Avedoy (poesía), Martha Nélide Ruiz (poesía) y Alicia Montañez Hinojosa (poesía) son parte de este movimiento que abre nuevos discursos a la poesía y a la narrativa, más libres en su lenguaje y expresiones, menos inhibidos a la hora de decir las cosas por su nombre. Es un dato revelador que en la antología de poetas jóvenes coordinada por Karla Mora Corrales, *La palabra en el desierto* (2007), las mujeres escritoras superan a los hombres en diversidad de tonos y lenguajes.

Y es que en estas nuevas camadas de escritores y escritoras bajacalifornianos muy siglo XXI el entorno en que viven, la frontera y las ciudades que son suyas a fuerza de recorrerlas o imaginarlas, es un impulso que no se agota aún en sus textos, una fuerza vital que los mantiene a la expectativa del mundo en todos sus placeres y en todas sus desdichas. Una generación que, como apunta Carlos Gutiérrez Vidal en su *blogspot*, carece de lecturas comunes, de maestros a seguir, de “escuelas literarias concretas que nos marquen una pauta”. Como la idiosincrasia fronteriza, las letras bajacalifornianas están hechas “de voces individuales”, sin identidades claramente definidas, sin más soporte que una realidad en continuo predicamento.⁵

5. Lo regional vuelto global: la literatura bajacaliforniana ante la crítica

Los primeros indicios de que la literatura fronteriza bajacaliforniana empezaba a ser visible internacionalmente se dieron con la aparición de un número monográfico de la revista española *Quimera* (junio 2005), que contenía un dossier con textos de escritores bajacalifornianos como Humberto Félix Berumen y Gabriel Trujillo Muñoz. Era un aviso de que la literatura fronteriza se leía ya como una creación novedosa, digna de estudios y reseñas, de la literatura del norte mexicano. Poco después, con el impacto internacional de la editorial en línea *Crunch!* del escritor mexicalense Carlos Gutiérrez Vidal y con la presencia de autores locales en editoriales reconocidas nacionalmente, se puede ver un panorama literario donde lo local se vuelve global gracias –paradójicamente– a un discurso regional con visión mundial y al día. Es decir: estamos ante un fenómeno glocalista, a la vez global y local en su amalgama fructífera en términos creativos.

¿Por qué se ha dado esta apertura? La respuesta es simple: porque otros lectores, sin prejuicios de por medio sobre la literatura del norte mexicano o de la frontera, han sido capaces de acercarse a nuestra literatura y leerla por lo que es: un testimonio de cómo vivimos y pensamos en una región específica del mundo, pero cuyo valor principal no es sólo su temática sino su capacidad para imaginar situaciones, escenarios y personajes que viven más allá de un simple reflejo de la realidad, que se sostienen por el lenguaje que les da valor y profundidad, amplitud y trama, presencia y prestancia a ojos de sus lectores. Ya existe un público que está pendiente de las distintas producciones editoria-

⁴ Para citar solo algunos nombres: Carlos Gutiérrez Vidal (poesía), Jorge Ortega (poesía), Nylsa Martínez (cuento), Octavio Islas (ensayo), Raúl Fernando Linares (poesía), Elizabeth Cazessús (poesía) y Omar Pimienta (poesía).

les, ya sea porque les interesa la temática regional del norte mexicano o del norte fronterizo, les entusiasma el estilo literario de algunos de sus autores o les fascinan las búsquedas e investigaciones, los planteamientos y reflexiones de nuestros literatos.

Lo que hasta hace pocos años faltaba eran libros que diseccionaran los entresijos de una literatura que se multiplicaba, fuera de los moldes y convenciones del sur del país. Han sido los críticos extranjeros los primeros en prestarle atención y han marcado la pauta a seguir de los estudios literarios sobre la escritura nortea, más allá de los esquemas de la literatura de viajeros o de las memorias chicanas. En tal sentido, la teoría ha llegado tarde a la crítica literaria, pero finalmente ha llegado: en 1989, Edward Soja volvió a poner el espacio geográfico como elemento fundamental para estudiar la cultura. Su libro *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory* recordó que “las historias de vida tienen también una geografía”, que ésta es un factor de emancipación política tan formidable como la historia. Gracias a Soja, la relevancia del espacio como un proceso de territorialización, es decir, de apropiación de una región como origen de la conciencia social, llevó a que viéramos el espacio mismo en que vivimos como un proceso en continua reestructuración.

Ya en el ámbito fronterizo, específicamente, en lo relacionado con la frontera México-Estados Unidos, fueron apareciendo obras como *The Fence and the River. Culture and Politics at the U.S.-Mexico Border* (1999), donde su autora, Claire F. Fox, critica el concepto de frontera como un “espacio relativo”, como un sitio no específico, como una metáfora abstracta, frente a una frontera concreta, dinámica, ubicada en un espacio preciso y contundente, por lo que Fox arguye que “la frontera, tal y como aparece en el arte y la literatura, debe ser entendida como algo polivalente, como un lugar donde lo rural y lo urbano, los espacios nacionales e internacionales, simultáneamente coexisten, incluso en formas complejas y contradictorias” (1999: 2-3).

En 2004, Rosemary A. King publica *Border Confluences. Borderland Narratives from the Mexican War to the Present*, donde sólo presta atención a escritores estadounidenses y chicanos, pero donde demuestra que el espacio fronterizo impregna la creación literaria de todos los que lo han experimentado, ya sean visitantes de paso o residentes permanentes. King asegura que “la frontera ordena y dirige la geografía de esta región” (2004: XII), ya que la frontera marca, con su sola presencia, la vida comunitaria, con lo que las diferencias culturales de ambos países y culturas se codifican, se vuelven reales y vitales, dialogan entre sí. Para King, la frontera México-Estados Unidos siempre ha sido un lugar de enfrentamiento entre lo nómada y lo sedentario, entre los que pasan y los que se quedan, entre la geografía y la manera de narrarla, de tal forma que el espacio fronterizo –desolado, hostil, desértico– funciona bien para ciertos géneros literarios: el romance histórico (el conflicto entre indios y occidentales, nativos y extranjeros, mexicanos y anglos, forajidos y autoridades), la crónica de viaje (la exploración de lugares salvajes, lo que los estadounidenses llaman *the wilderness*), el relato migratorio (que se convierte en una saga familiar, en el testimonio de una odisea a título personal, que la propia King llama *Hispanic bildungsroman*), y la utopía fronteriza, que reclama a la frontera como un paraíso perdido porque en ella se puede comenzar una nueva vida, se puede ser otro. A todos estos ejemplos de narrativa fronteriza, Rosemary King los engloba bajo el término de “geopoéticas”, que serían la articulación de un discurso que los autores fronterizos realizan de cara al lugar en que viven, y a la región que consideran les pertenece por derecho de trabajo y creación.

Pero tal vez el estudio más importante sobre la frontera y su literatura lo ofrezca Philip H. Round en su libro *The Impossible Land. Story and Place in California's Imperial Valley* (2008). Para Round, “[e]l relatar la historia siempre está relacionado con la tierra, con darle un sitio en nuestro cuento. Sin historia, un paisaje no es más que roca, arena y grava. Lo mismo es cierto para nosotros. Sin historia y sin un lugar para ubicarla estamos incompletos” (2008: 4). Round afirma que los valles de Imperial (EE UU) y Mexicali (México) son una misma región, que no se puede hablar de lugar sin hablar de región. De ahí que este autor señala que las literaturas fronteriza, norteña o bajacaliforniana son, esencialmente, literatura regional, donde la frontera funciona como un espacio imaginario, lo que él denomina la tierra imposible que se volvió posible, ese desierto infranqueable vuelto hazaña tecnológica vuelta campos de cultivo a escala internacional. Para Round, un fronterizo nacido en el valle de Imperial, esta región-paisaje-espacio-lugar es donde el gran silencio-soledad-deseperación-vacío se ha ido llenando con palabras, con historias, con literatura de todos los géneros, tramas y lenguajes. Por eso concluye: “Los seres humanos, en todas partes, desean sentir una conexión con la tierra que pisan, con el lugar en que viven, con la región en que luchan por sobrevivir y en la cual comparten sus vidas unos con otros. En la frontera hay una relación entre relato y lugar, una dialéctica entre lo local y lo cosmopolita” (2008: 181).

Del lado mexicano, pocos estudiosos se han dado a la tarea de meditar sobre la literatura bajacaliforniana en su relación de frontera, de espacio, de región. A fines de los años setenta y a principios de los años ochenta del siglo xx, con la aparición de escritores como Daniel Sada, Jesús Gardea y Gerardo Cornejo, críticos literarios como Sergio Gómez Montero llegaron a denominar a las obras de estos escritores norteños (radicados en estados fronterizos como Chihuahua, Coahuila o Sonora, pero no residentes de la frontera misma) como representantes de la “literatura del desierto”. Gómez Montero dejó la ciudad de México por esos años y vino a radicar en Baja California. Aquí pudo comprender que en Baja California, por ejemplo, el influjo de la frontera era un elemento esencial, tanto como el árido entorno, tanto como el desierto mismo, para comprender la literatura que se hacía en estos rumbos. En 1993 publicó *Sociedad y desierto. Literatura en la frontera norte*, una obra que exponía, desde la crítica marxista su concepción de nuestra literatura. Su aportación más importante es el concepto de “ecotono” (pariente cercano y antecedente de las “geopoéticas” de Rosemary King), que representa el tono de un lugar que es percibido, a través de los modismos e inflexiones del lenguaje, en las obras literarias de los autores de una región específica, en este caso, en las obras de los autores fronterizos bajacalifornianos: el “ecotono” de la frontera como jerigonza y bullucio de merolicos, como mezcla de idiomas en pos de hacerse entender a ambos lados de la línea fronteriza, pero también como silencio, laconismo, introspección frente a la nada del desierto, frente a la naturaleza desnuda y deslumbrante que engaña a los sentidos.

Durante los siguientes años, la discusión crítica sobre la literatura fronteriza tuvo severos altibajos. La aparición de un libro canónico como *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1989), de Néstor García Canclini, creó un modelo interpretativo que pronto devino en una lectura simplista de la frontera como una suma de prácticas culturales comunitarias, en donde la literatura fronteriza quedaba como representación simbólica de tal proceso de hibridación, olvidando, de esta manera, que la literatura de la frontera era y es, en primer lugar, un diálogo a muchas voces, un principio argumentativo, un lenguaje de correspondencias, un manifiesto sobre la realidad y un

imaginario personal, vinculado por sus propios autores a una tradición literaria que puede reforzar o criticar su propio entorno, que puede afirmar o negar sus propias prácticas culturales prevalecientes. Una antología de jóvenes narradores mexicalenses, recientemente publicada –en contraposición a una ciudad orgullosa de su tradición maquiladora y de sus productos para el consumo masivo–, se titula *Ni desierto, ni maquila, ni frontera* (Martínez/Perezchica 2010). Da cuenta de este hartazgo creativo y representa, desde su negativa a dejarse encasillar en los estudios culturales y su hibridación académica, una escritura realizada e imaginada a espaldas de las estereotipadas versiones de lo que es ser fronterizo, a contracorriente de las definiciones teóricas que han buscado definir nuestra literatura con brochazos gruesos, con temas inamovibles, con clichés reductivistas.

Ya en el siglo XXI, con las excepciones de los propios autores locales, la crítica nacional le dedicó mínima atención a la literatura de la frontera norte hasta que Rafael Lemus, en *Letras libres* (2005), la caricaturizó como “narcoliteratura”. Sin embargo, la excepción a tal miopía crítica fue la publicación de dos libros colectivos en 2005: el de Juan Carlos Ramírez-Pimienta y Salvador C. Fernández, *El norte y su frontera en la narrativa policiaca mexicana*, y el de Miguel G. Rodríguez Lozano y Enrique Flores, *Bang! Bang! Pesquisas sobre narrativa policiaca mexicana*. Ambas obras estudiaron lo criminal en la literatura fronteriza sin convertirlo en el único factor temático a tomar en cuenta. En esta última obra, Rodríguez Lozano señala que la frontera es, en su narrativa, más literatura urbana que literatura del desierto, intentando “desmitificar la visión de una frontera atrapada, expuesta a los vicios, al mal, a la violencia” (2005: 158). En las obras del género policiaco el personaje principal son las ciudades fronterizas, especialmente Mexicali y Tijuana, sin que se trate de “darle un tono moral o ideológico a las implicaciones de ser de un espacio, de pertenecer a un lugar, cualquiera que éste sea, sino de escudriñar las diferentes percepciones de lo mexicano desde las relevancias ciudadinas que se presentan por los lugares por los que transita el protagonista” (2005: 160), creando así un territorio donde la investigación criminal se convierte en una indagación, gracias a la memoria colectiva de los fronterizos, de una historia que ha sido relegada por el poder. La frontera como un espejo que sirve para comparar lo que queremos ser y lo que realmente somos, en esa franja fronteriza donde todo –lo más terrible y lo más maravilloso– puede suceder a la vista de todo el mundo.

6. Conclusión

Considerando lo anterior, la literatura bajacaliforniana ha tenido que lidiar con las distintas catalogaciones a que se ha visto sometida desde la prensa cultural y los estudios académicos: como literatura chicana (desde la perspectiva de la academia californiana o tejana), literatura regional (desde los estudios culturales y la teoría social), literatura norteña (vista desde el centro hegemónico de la Ciudad de México), literatura del desierto (vista desde el altiplano mesoamericano) o literatura fronteriza (en términos binacionales). Hoy podemos leer la literatura fronteriza como una creación que no asume como su verdad central el rito de paso del emigrante (tan encumbrado a la categoría de mito fundacional por la literatura chicana) sino la vida en la frontera (desde la experiencia urbana de las ciudades de frontera hasta la narrativa histórica de esta franja del país, desde la novela negra hasta la poesía del desierto). En todo caso, la literatura bajacaliforniana,

por lo que tiene de nortea, de fronteriza, elige pelear sus batallas creativas desde este lado de la línea internacional, prefiere mostrar la vida entre México y los Estados Unidos no como un sitio más de paso sino como una residencia permanente en la cuerda floja de una frontera que siempre está cambiando, que continuamente se endurece y constantemente reacciona con violencia exacerbada. Busca reclamar lo que le pertenece: sus contradicciones, sus paradojas, el ser una literatura que se sitúa entre realidades imaginarias, que se alimenta de la frontera y el desierto, de lo local y lo global, de lo antiguo y lo moderno, de lo urbano y lo rural, de lo latinoamericano y lo anglosajón, de lo aislado y lo progresista, de lo nómada y lo sedentario, de lo propio y lo ajeno.

En esta era global, la aldea ha vuelto a tener relevancia, la región ha regresado por sus fueros. Y es que las aldeas globales que ahora son las ciudades fronterizas del norte mexicano comienzan a crear su propio discurso-descripción de los hechos, su propia poética regional-cosmopolita. En antologías como *El margen reversible* (2004) de Carlos Gutiérrez Vidal y *La palabra en el desierto* (2007) de Karla Mora Corrales, la experiencia fronteriza deja atrás las figuras del pionero, del emigrante y de la nostalgia por el solar nativo para asumirse, con ironía y desparpajo, como escritura fronteriza en lengua, cultura y modos de vida. La experiencia de convivir con el otro de forma cotidiana sin perder la idiosincrasia mexicana. Lo fronterizo como una doble heterodoxia: frente a la cultura californiana del gozo perpetuo y frente a la cultura nacional de la culpa y la divina providencia. Lo fronterizo es, en esta nueva literatura muy siglo XXI, una revelación de las paradojas anímicas que el ser humano vive y padece, sueña y descubre, en esta zona del mundo.

Una geografía de palabras, donde lugar e historia son discursos complementarios, donde la frontera se traza como vida en marcha, como tiempo por soñar. Un espacio donde pueden residir viajeros y nativos por igual. Una tierra de nadie que es de cada uno de nosotros por derecho de imaginación, por derecho de experiencia, por derecho de comunidad.

Bibliografía básica

- Aldaco E., Guadalupe Beatriz (1996): *Las formas de la arena. Ensayos sobre la novela en Sonora, 1975-1993*. Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.
- Cota Torres, Édgar (2007): *La representación de la "leyenda negra" en el norte de México*. Phoenix: Orbis Press.
- Di-Bella, José Manuel/Gómez Montero, Sergio/Polkinhorn, Harry (eds.) (1987): *Literatura de frontera México/Estados Unidos. Memoria del primer encuentro de escritores de las Californias*. Mexicali/San Diego: Dirección de Asuntos Culturales/Institute for Regional Studies of the Californias.
- Félix Berumen, Humberto (2001a): *Narradores bajacalifornianos del siglo xx*. Mexicali: Fondo Editorial de Baja California.
- (2001b): *Texturas. Ensayos y artículos sobre literatura de Baja California*. Mexicali/México: Universidad Autónoma de Baja California/Plaza y Valdés.
- (2003): *Tijuana la horrible. Entre la historia y el mito*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/Librería El Día.
- (2004): *La frontera en el centro. Ensayos sobre literatura*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.

- Fox, Claire F. (1999): *The Fence and the River. Culture and Politics at the U.S.-Mexico Border*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- García Canclini, Néstor (2001): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Gómez Montero, Sergio (1993): *Sociedad y desierto. Literatura en la frontera norte*. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- (2003): *Tiempos de cultura, tiempos de frontera*. México: Fondo Regional para la Cultura y las Artes.
- Guzmán, Nora (2009): *Todos los caminos conducen al norte. La narrativa de Ricardo Elizondo Elizondo y Eduardo Antonio Parra*. Monterrey: Fondo Editorial de Nuevo León.
- King, Rosemary A. (2004): *Border Confluences. Borderland Narratives from the Mexican War to the Present*. Tucson: University of Arizona Press.
- Lemus, Rafael (2005): “Balas de salva. Notas sobre el narco y la narrativa mexicana”. En: *Letras Libres*, 81, septiembre, pp. 39-44, <www.letraslibres.com/sites/default/files/pdfs_articulos/pdf-art-10700_8023.pdf> (10.12.2011).
- Martínez, Nylsa/Perezchica, Eduardo (eds.) (2010): *Ni desierto, ni maquila, ni frontera. Nueva narrativa mexicalense*. Mexicali: Portafolio Editorial/Guayabera EP Ediciones.
- Miller, Tom (1981): *On the Border. Portraits of America's Southwestern Frontier*. New York: Harper & Row.
- (2003): *Writing on the Edge. A Borderlands Reader*. Tucson: University of Arizona Press.
- Palaversich, Diana (2003): “La vuelta a Tijuana en seis escritores”. En: *Aztlán*, 28, 1, pp. 97-125.
- (2007): “La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana”. En: *Symposium*, 61, 1, pp. 9-26.
- Polkinhorn, Harry/Di-Bella, José Manuel/Reyes, Rogelio (eds.) (1990): *Borderlands Literature: Towards an Integrated Perspective. Encuentro Internacional de Literatura de la Frontera*. San Diego/Mexicali: San Diego State University/XIII Ayuntamiento de Mexicali.
- Polkinhorn, Harry/Trujillo Muñoz, Gabriel/Reyes, Rogelio (eds.) (1988): *La línea: ensayos sobre literatura fronteriza México-norteamericana/The Line: Essays on Mexican/American Border Literature*. Mexicali/San Diego: Universidad Autónoma de Baja California/San Diego State University.
- Ramírez-Pimienta, Juan Carlos/Fernández, Salvador C. (eds.) (2005): *El norte y su frontera en la narrativa policiaca mexicana*. México: Plaza y Valdés.
- Rodríguez Lozano, Miguel G. (2002): *El norte: una experiencia contemporánea en la narrativa mexicana*. Monterrey: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León.
- (2003): *Escenarios del norte de México: Daniel Sada, Gerardo Cornejo, Jesús Gardea y Ricardo Elizondo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rodríguez Lozano, Miguel G./Flores, Enrique (eds.) (2005): *Bang! Bang! Pesquisas sobre narrativa policiaca mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Round, Phillip H. (2008): *The Impossible Land. Story and Place in California's Imperial Valley*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Soja, Edward W. (1989): *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London/New York: Verso.
- Tabuenca Córdoba, María Socorro (1998): *Mujeres y frontera. Una perspectiva de género*. Chihuahua: Instituto Chihuahuense de la Cultura/Fondo Editorial para la Cultura y las Artes.
- Trujillo Muñoz, Gabriel (1994): *Los signos de la arena. Ensayos sobre literatura y frontera*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- (1997): *Literatura bajacaliforniana siglo xx*. Mexicali: Larva.
- (2004): *Mensajeros de Heliconia. Capítulos sueltos de las letras bajacalifornianas 1832-2004*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.

-
- (2005): *La cultura bajacaliforniana y otros ensayos afines*. Tijuana: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Centro Cultural Tijuana.
- Trujillo Muñoz, Gabriel/Gómez Castellanos, Édgar (1987): *Mexicali: escenarios y personajes*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- Vilanova, Núria (2007): *Border Texts. Writing Fiction from Northern Mexico*. San Diego: San Diego State University Press.
- Yépez, Heriberto (2005): *Made in Tijuana*. Mexicali: Instituto de Cultura de Baja California.